



Las Buenas Nuevas

Un sermón de George Müller de Bristol

“Además, hermanos, os declaro el evangelio que os he predicado, el cual también habéis recibido, y en el cual estáis firmes; en el cual también sois salvos, si guardáis en la memoria lo que os he predicado, si no creísteis en vano. Porque os he entregado ante todo lo que también recibí, que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras” (1ª Co. 15:1-3).

Entre todas las otras cosas que estaban mal ya en los días de los Apóstoles en la Iglesia de Corinto estaba también esta: había algunos allí de la sinagoga de Satanás. Algunos de ellos no creyeron en la resurrección del cuerpo, y sobre este punto el apóstol Pablo escribe, a lo largo del capítulo 15, y nos da la instrucción más preciosa con respecto a la resurrección.

El gran punto de todo el capítulo en particular es este: si no hay resurrección, entonces el Señor Jesucristo mismo no ha resucitado, así que todavía estamos en nuestros pecados, no tenemos perdón, porque no habría tal cosa como prueba del perdón si el Señor Jesucristo no hubiera sido resucitado de los muertos. Además, si el Señor Jesucristo no resucitó de entre los muertos, entonces yo (el apóstol Pablo) y mis colaboradores somos falsos testigos de Dios, porque hemos testificado que hay una resurrección y que Cristo resucitó de entre los muertos, cuando, después de todo, no resucitó; por tanto, todo el Evangelio ya no es Buenas Noticias. Ahora bien, este fue el capítulo 15 escrito, en el que se encuentran las instrucciones más preciosas relacionadas con la resurrección.

“Además, hermanos, os declaro el evangelio que os prediqué”. Observa aquí la palabra “hermanos”, “creyentes en Él”. Viéndolo naturalmente, podríamos decir: “Esto es simplemente una manera ordinaria; no se debe poner énfasis en ello”. Mi propio juicio es al revés. Él todavía los llama “hermanos”, y todavía los trata como hermanos, aunque habían caído en errores como estos, y fracasaron en su vida y comportamiento de varias maneras. Sin embargo, todavía los llama “hermanos”, porque esperaba que por los medios que iba a emplear, al escribir otra epístola, fueran sacados de ese estado. Y encontramos cuán grandemente fue bendecida esta carta cuando leemos la segunda epístola a la iglesia en Corinto. Así tenemos que imitar al Apóstol, y de ninguna manera, porque veamos las manifestaciones de debilidad, de una forma u otra, por parte de los hijos de Dios, dejarlos a un lado y repudiarlos como creyentes, como si no hubiera gracia alguna en ellos. Porque, como los corintios, pueden salir de ese estado y aún pueden glorificar grandemente a Dios.

“Os declaro el Evangelio”, es decir, las buenas nuevas, las más preciosas buenas nuevas. El resumen y el fondo de esto lo encontramos en el tercer y cuarto versículo, donde dice: “Ante todo os entregué lo que también recibí, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras”. Él murió por nuestros pecados, para hacer expiación por nuestros pecados, para llevar el castigo en nuestro lugar; y ese es el gran punto de lo que se llama ‘El

Evangelio”, ‘Las buenas nuevas’. El Evangelio no consiste en esto, que alguien nos haya dejado una cantidad excesivamente grande de propiedades, ya sea en dinero o en propiedades; o que ahora obtendremos una posición y empleo muy lucrativos; o que seremos elevados a un rango o facultad superior. Ese no es el Evangelio. Estas no son las buenas nuevas sobre las que debemos reflexionar, sino que, aunque seamos malvados pecadores merecedores del infierno, Dios, en las riquezas de Su Gracia, perdonará todas nuestras innumerables transgresiones; Dios, sobre la base de la expiación del Señor Jesucristo, perdonará cada una de nuestras innumerables transgresiones, y ni un solo pecado permanecerá en contra nuestra ni nos hará daño en el más allá, porque el Señor Jesucristo no murió ni hizo expiación meramente por mil pecados nuestros; no simplemente por diez mil pecados nuestros, sino por cada uno de los pecados de los que hemos sido culpables, por muchos que fueran, por grandes que fueran; es más, en cualquier variedad de formas en que pecamos, cada uno de nuestros pecados ha sido expiado. ¡Oh, qué buena noticia es esta! Porque si quedara un solo pecado en contra nuestra, deberíamos ser apartados de la presencia de Dios, porque nada contaminado puede estar en la presencia de Dios. Debemos ser impecables, puros; perfectamente impecables y perfectamente puros, de lo contrario no podríamos estar donde está Dios; y a este estado somos llevados por la justicia de Cristo, que nos es imputada por la muerte expiatoria de Jesucristo, que quita cada una de nuestras innumerables transgresiones.

Esto, si se entiende correctamente, si se percibe y comprende correctamente, es lo que se llama en el Nuevo Testamento ‘El Evangelio’; y tenemos que preguntarnos: “¿Es este nuestro Evangelio? ¿Confiamos en el Evangelio? ¿O pensamos que debemos hacer nuestra parte y que el Señor Jesucristo hará la suya? ¿Que debemos hacer nuestra parte, o de lo contrario no seremos salvos? No, debemos llegar a la siguiente conclusión: que nosotros mismos no podemos hacer nada; que todo fue hecho por el Señor Jesús; que antes de expirar en la cruz exclamó: “Consumado es”, esto es, todo lo que tenía que hacer en el camino de la expiación por Él mismo, y luego, después de haber pronunciado estas palabras, expiró. ¡Este es el Evangelio! ¡No es hacer la mitad, o la octava parte, para ayudar al Señor Jesucristo, por así decirlo! Nada de eso. Él hizo todo, y excepto que Él hubiera hecho todo, ciertamente deberíamos haber perecido.

Ahora de este Evangelio el apóstol Pablo dice: “que os prediqué”. Estuvo trabajando en Corinto un año y seis meses (Hechos 18:11), y por lo tanto, una y otra y otra vez había proclamado estas mismas verdades, y también las de la resurrección del Señor Jesús y la resurrección del creyente; porque sin la resurrección no existen las “buenas nuevas” relacionadas con Cristo. Ese es el primer punto que debemos notar. Ahora bien, el segundo punto del Evangelio es este: “El cual también habéis recibido”. Ahora bien, aquí surge una pregunta profundamente importante, si verdaderamente hemos recibido estas buenas nuevas, si verdaderamente apoyamos la salvación de nuestras almas en estas buenas nuevas. Tan seguro como nosotros pensamos que tenemos que hacer algo nosotros mismos para la salvación de nuestras almas, y que el Señor Jesucristo no ha hecho todo lo que era necesario para nuestra salvación, así estamos ciertamente todavía en un error fatal en la tierra.

Debemos llegar a entender esto: que en lo más íntimo de nuestra alma creemos que Jesucristo hizo todo lo necesario para hacer expiación por nuestras innumerables

transgresiones, y que no tenemos que hacer nada más que estar en la posición de mendigos para recibir lo que Dios nos da en Cristo. Y cualquiera que no reciba, como un pobre gusano sin valor y como un mendigo, lo que Dios le da en Cristo, tal persona no ha llegado todavía al estado de corazón al que podría llegar, y al que debería llegar, para tener la bendición plena del Evangelio. Tenemos que estar delante de Dios, simplemente recibiendo lo que Él gratuitamente, en el camino de la gracia, nos da en Cristo Jesús. No hemos hecho nada, no podemos hacer nada ahora, y nunca más seremos capaces de hacer el más mínimo ápice para nuestra salvación. Jesús lo hizo todo. Jesús terminó todo lo que era necesario hacer para la salvación de nuestras almas.

Ahora bien, recibir el Evangelio significa, en otras palabras, que tenemos que reconocer que somos pecadores; tenemos que reconocer en oración ante Dios que no merecemos nada más que el castigo por nuestros pecados, y que no podemos hacer nada en absoluto por la salvación de nuestras almas; pero que el Señor Jesucristo ha cumplido todo lo que era necesario realizar, y que aceptamos con gratitud lo que Dios nos da en Cristo. Esto es para recibir el Evangelio. Ahora pregunto con afecto a mis queridos amigos cristianos: ¿Hemos recibido así el Evangelio? ¿Es esto lo que buscamos para la salvación de nuestras almas? Sabes que debemos reconocer ante Dios que somos pecadores; debemos confesar ante Dios en oración que somos pecadores, y sencilla y completamente poner nuestra confianza en Jesús para nuestra salvación, y nada más; y al hacer esto recibimos el Evangelio, pero si no, todavía no habremos recibido la Palabra. Este es el segundo punto.

Luego, en tercer lugar, el Apóstol dice: “En el cual estáis vosotros”. ¿Qué significa estar en el Evangelio? Significa que con respecto a nosotros mismos y al Señor Jesucristo, mantenemos aún que estamos en el estado en el que estábamos antes, y no podemos hacer nada con respecto a la salvación de nuestras almas. En otras palabras, que después de diez años de conversión, o veinte años o cincuenta años, y la búsqueda de odiar el pecado cada vez más y amar la santidad cada vez más, debemos reconocer: “Soy un pecador; no merezco nada más que el castigo. Si soy salvo, debe ser en el camino de la gracia, a través de un Sustituto, quien en mi lugar cumplió la ley que había quebrantado innumerables veces, y quien en mi lugar, como Sustituto, soportó el castigo que me correspondía”.

Si este es el estado de nuestro corazón y nuestra mente, entonces estamos en el Evangelio; si es de otra manera, si en el más mínimo grado nos atribuimos la más mínima partícula de crédito en el asunto de la salvación, no estamos firmes en el Evangelio. ¡Un punto profundamente importante! Y es particularmente importante por otra razón que tengamos esto en mente. Importante no solo con respecto a la salvación final, sino con respecto a la paz y el gozo presentes en Dios, porque él o ella, tomando la más mínima partícula de crédito para sí mismo en el asunto de la salvación, pierde la paz de Dios y el gozo espiritual real y verdadero, porque Dios está decidido a dar todo el honor y la gloria a Su Hijo Unigénito, el regalo más selecto que tuvo que otorgar a los pobres pecadores. Y, por lo tanto, no dividirá con una criatura humana pecadora la gloria de lo que pertenece a Cristo y solo a Cristo.

Ahora el último punto: “Por el cual también” - es decir, por el Evangelio - “por el cual también sois salvos, si guardáis en la memoria lo que os he predicado, a menos que hayáis creído en vano”. ¡Por el Evangelio somos salvos! ¡Precioso! ¡Oh deliciosa noticia! Por

ser tan buena noticia, por eso se llama Evangelio. El Evangelio significa “buenas nuevas”; y estas son las buenas nuevas: que por fin somos salvados por el Evangelio. En primer lugar, la salvación consiste en esto: que obtengamos un cuerpo glorificado, completamente libre para la eternidad de toda debilidad, cansancio, dolor, sufrimiento, languidez, enfermedad de cualquier tipo y de la muerte. ¡Qué agradable es la noticia de esto!

Luego, nuevamente, en cuanto al cansancio, independientemente del sufrimiento. Los hijos de Dios se deleitan en trabajar para el Señor; es un gran gozo para ellos trabajar seis u ocho horas en el transcurso del día, y algunos, por razones de salud y fuerzas, están encantados de pasar diez y doce horas trabajando para el Señor, y algunos superan incluso esta cifra; pero, sin embargo, por mucho que podamos trabajar mientras estamos en el cuerpo aquí en la tierra, aunque sean dieciséis o incluso dieciocho horas, al final seguramente vendrá el cansancio, la debilidad, la incapacidad de seguir trabajando. Pero cuando obtengamos nuestro cuerpo glorificado, cuando la salvación llegue a su plenitud, no habrá más de este cansancio.

Sí, estarán las veinticuatro horas de trabajo, día a día, durante toda la semana, siete veces veinticuatro horas (hablando a la manera de los hombres) sin sentir el menor cansancio; y así, la vida continuará durante todos los meses y años (hablando a la manera de los hombres), y ni un solo ápice de debilidad o cansancio experimentado mientras se dediquen así al Señor. Y así será año tras año, y unos diez años después de otros diez, y cien después de otros cien, y mil después de otros mil, y nunca habrá una sola partícula de debilidad o cansancio experimentado cuando la salvación se complete y obtengamos nuestro cuerpo glorificado. ¡Oh, qué delicioso es esto! ¡Qué buenas nuevas son estas! ¡Y si se mantuviera en la fe, el corazón estaría lleno, rebosante de gozo!

¡Oh, cuán deleitados estaríamos si penetráramos real y verdaderamente en todo esto; pero hay algo aún más precioso; todo este servicio se rendirá con gozo al Señor y estará perfectamente libre de fallas y defectos. No habrá un solo ápice de pecado mezclado con nuestro trabajo y labor para el Señor. En el presente, mientras estamos en el cuerpo, en este estado de debilidad e imperfección, con todo nuestro santo anhelo, con todo nuestro deseo de oración, sí, con nuestras oraciones fervientes, todavía de vez en cuando se mezcla una palabra que no está del todo de acuerdo a la mente de Dios; un pensamiento que no se encuentra en el bendito Jesús y, por lo tanto, no está perfectamente de acuerdo con la mente de Dios.

Pero cuando se nos lleve a ver a Jesús tal como es, y se nos asemeje a Él en cuerpo y alma, todo lo que hagamos será perfectamente semejante a Cristo, todo lo que digamos será perfectamente semejante a Cristo; todo lo que pensemos, lo que deseemos, lo que anhelemos, por lo que tengamos inclinación, todo será perfectamente de acuerdo con la mente de Cristo. ¡Oh, qué bendita perspectiva es esta para los débiles como nosotros, para lo descarriados como nosotros, para los que tienen debilidades espirituales, grandes, muchas y variadas, aunque odian el pecado y aman la santidad! ¡Oh, qué brillantes y gloriosas perspectivas son estas! Y todo esto no es simplemente una fantasía nuestra, sino una realidad.

¡En verdad, los más débiles espiritualmente entre nosotros, seremos llevados a este estado de cosas una vez que la salvación sea completa! Y esto nunca se alterará, esto nunca se perderá; estaremos por toda la eternidad en perfecta, plena y completa comunión con el Señor Jesucristo, y en comunión habitualmente con Él, lo que comúnmente se llama asociación; en completa, santa y piadosa asociación con Cristo en todos los sentidos. ¡Oh, qué precioso! Sí, en sociedad con Dios el Padre, no meramente con el Señor Jesucristo, nuestro Hermano mayor. ¡Oh, qué precioso! ¡Qué brillante! ¡Cuán gloriosas son nuestras perspectivas! Y si todo esto fuera conocido y aceptado, todos en el mundo entero se preocuparían por Cristo; pero como no se sabe, y si se sabe, no se cree, el número de los que real y verdaderamente entregan el corazón a Cristo es todavía muy pequeño.

Ahora, consideremos todas estas cosas en serio. Si nunca los hemos tratado como realidades, hagámoslo desde esta noche; de ahora en adelante por el resto de nuestras vidas, Hay una palabra más. “Por el cual también sois salvos, si guardáis en la memoria lo que os he predicado, si no creísteis en vano”. Debemos retener lo que nos declaró el Apóstol; no tenemos que escuchar a los falsos maestros, no tenemos que escuchar a los que pervierten el Evangelio, no tenemos que recibir las declaraciones de tales maestros por los cuales las iglesias en la provincia romana de Galacia se engañaban al pensar que debían ser circuncidados y guardar la ley de Dios, como lo hicieron los israelitas, para ser salvos. Nada de eso. La salvación se nos da por gracia y por la fe en Cristo, por confiar en lo que el Señor Jesucristo hizo y sufrió. A esto se refiere el Apóstol. “Si recordáis lo que os prediqué”. Debéis retener las declaraciones de los apóstoles, “si no creísteis en vano”. La bendición se perderá si no guardamos en la memoria la enseñanza de los apóstoles.

Por tanto, en los días que vivimos, cuando las buenas obras se mezclan con la obra de Cristo, debemos ser advertidos por todo esto; y, con la sencillez de un niño, preguntar y continuar preguntando: ¿Qué predicó Pablo, qué predicó Pedro, qué predicó Juan y qué dijeron los otros apóstoles? Tenemos que descubrir esto en el Nuevo Testamento y aferrarnos a lo que dicen. Esta es la manera de continuar en los caminos de Dios y disfrutar de la verdad del Evangelio; y por tanto ser bendecidos con paz y gozo en el Espíritu Santo.

Dios conceda esto a todos los aquí presentes; y si hay una persona que todavía está mirando sus obras para la salvación, que recuerde, lo digo una vez más, que nosotros solo podemos ser salvos por medio de Cristo, y no por medio de nuestras propias acciones.

www.georgemuller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org